

ANNA AJMÁTOVA

Enseñe a hablar a las mujeres...

¡¡Dios, cómo hacerlas callar...!!

Frente a lo que fueran las temibles cárceles soviéticas, varias mujeres hacían fila, esperando que les permitan ver a sus seres queridos. Lamentándose las humillaciones que debían sufrir por parte de los guardias para poder ingresar a prisión y acariciar al hijo, besar al marido o alentar al camarada, estrecharon su solidaridad entre ellas. Allá afuera, en la fila, una de estas mujeres reconoce a la poeta y le pregunta si todo ese sufrimiento que pasan puede describirlo en un papel. Anna Ajmátova le responde estoica, “Puedo. Entonces algo parecido a una sonrisa asomó por lo que antes había sido su rostro.”¹

En Odessa, una de las ciudades rusas con mayor cercanía al resto de Europa, nació en 1891 Ana Gorenko, la hija de un oficial de marina que sería educada como aristócrata. Siendo su abuela materna una gran influencia, la Gorenko se cambia el apellido y le toma prestado el Ajmátova. Hermosa mujer de finas maneras, Anna Ajmátova se casa con Nikolai Gumiliev y se van a vivir a París. Ahí se relaciona con múltiples amigos artistas, poetas, escritores; todo parece ir de maravilla. La pareja escribe, viaja, disfruta. Nace su único hijo, Lev Gumiliev.

Anna utilizando un estilo sencillo, habla del amor y el desamor; de la vida, los temores, el dolor, la pasión. Pronto su poesía es conocida. Sin embargo, estos buenos años no duran demasiado. Para 1914, la sombra de la Primera Guerra Mundial opaca sus alegrías. El que sería el Partido Comunista Ruso comienza sus actividades; hasta que en 1917 cae el imperio zarista con la revolución roja. Los palacios de los aristócratas les son confiscados, Anna, separada de su marido, va a vivir en La Casa de la Fuente, un palacio convertido en vivienda comunal.

Para 1921 es detenido Gumiliev y lo fusilan sin juicio previo. Anna, aunque separada de él, sufre mucho su muerte. Son años en que todo lo aristocrático causa desconfianza; la poesía de Ajmátova es señalada como inútil para la revolución. Se le impide expresarse libremente y no sólo a ella sino a todos los escritores y artistas, ya que la

¹ Mónica Berenstein, *Las Desafiantes*, Lectorum, México, 2007, p.128

única versión que vale la pena es la del partido comunista. Cualquier expresión que vaya en contra no tiene lugar. Varios amigos de la poeta son detenidos, desterrados o fusilados; se van del país o deciden suicidarse. Anna sufre profundamente esas ausencias, pero prefiere quedarse en la patria que ama, a pesar de tiene amigos que la invitan a emigrar.

Fueron tiempos de terror en los que Anna prefirió callar para que la dejaran vivir en paz. El Estado no deja de presionarla, detienen a su hijo, por haberse aprendido un poema satírico de Stalin. Anna quema todos sus cuadernos y aprende de memoria sus poemas. Al memorizarlos parece desafiar al gobierno que la vigila, “Ven Stalin, ponle, si puedes, candados a mi memoria.”² Así pues, su poesía fue muy conocida aún sin ser oficialmente publicada. Las personas la aprendían de memoria y la recitaban por doquiera, también las copiaban en papeles sueltos hasta en cajetillas de cigarrillos. Ajmátova se convirtió en ícono de la resistencia al domino soviético.

La Segunda Guerra Mundial representó para ella un respiro. Las autoridades se encontraban demasiado preocupadas con la defensa del país que por vigilarla. Su hijo Lev fue liberado para combatir en los frentes, pero había vuelto y convivía con su madre. Sin embargo, hacia el fin de la guerra, se reanudaba el control de las autoridades. En 1946 era expulsada de la Unión de Escritores Rusos y retiraron de la venta todos sus libros. Fue descrita como “rémora de de la vieja cultura aristocrática encarnada en ‘una semimonja, semiprostituta o mejor dicho, una monja prostituta cuyos pecados se mezclan con sus plegarias’”³

El filósofo Isaiah Berlín (como diplomático inglés) quiso conocerla mientras estuvo en la Unión Soviética. Berlín la visitó en la Casa de la Fuente. Anna le preguntó por sus conocidos que habían emigrado, por la guerra; le compartió sus tristezas junto a sus recuerdos, le recitó algunos poemas, le platicó del hijo, de los amigos perdidos. La conversación duró varias horas y permitió que Anna desahogara su melancolía. Pero aquella visita le costaría caro. Fue acusada de recibir espías extranjeros y se le quitó su cartilla de recionamiento, prohibieron que Lev se graduara de la Universidad y en 1949, tras ser torturado, lo condenaron a diez años de trabajos forzados.

² *Ibid*, p. 132

³ *Ibid*, p. 146

Sola, vigilada, censurada, doliéndole más el hijo que los castigos que podían hacerle a ella, padeció las consecuencias de la visita de Berlín. A quién sólo pudo volver a ver hasta que muriera Stalin y se le permitió viajar a Oxford a dar unas conferencias. Hasta 1965 pudo contarle al pasado visitante todas las desgracias que se originaron por una plática inocente. El corazón le fallaba física y metafóricamente; muriendo en Moscú el 5 de marzo de 1966.

Lizbeth Castillo Farjat

BERENSTEIN, Mónica, *Las desafiantes. Cuatro mujeres que avanzaron sobre la injusticia, la mediocridad y el perjuicio*, editorial lectorum, México, 2007